

HOMILÍA EN LA MISA EXEQUIAL DE CONCEPCIÓN PAVÉS LÓPEZ

S.I. Catedral de Granada, 13 de junio de 2024

Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos (Mt 18, 3).

Muy queridos Don José María y Don Javier,
queridos hermanos obispos y sacerdotes.
Queridísima familia, amigos y fieles venidos de diferentes diócesis.
Hermanas y hermanos todos en el Señor.

Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos (Mt 18, 3). Paradoja sorprendente de la condición humana: para alcanzar la madurez que permite llegar a la meta, es necesario hacerse como niños. A los ojos del Señor, el grande es el pequeño, el primero es el último, el sabio es el sencillo y humilde. La paradoja se hace extrema en el momento de la muerte: para alcanzar la vida eterna hay que morir a la transitoria y pasajera; para encontrar la paz, hay que abandonarse también en el sufrimiento; para gozar la cercanía de la presencia sin límites, hay que pasar por la soledad de la ausencia. ¡Bendita luz de la fe que nos otorga la seguridad de lo que no se ve!

Imagino en este momento a mis padres, entre los fieles, escuchando esta homilía. Mi padre, sin reparos, comentando en voz alta lo que le gusta o lo que le disgusta. Y mi madre, paciente, a su lado diciendo su nombre para que calle. ¿Qué querrían escuchar y ver en este momento? No tengo ninguna duda al respecto: querrían que les hablara de Cristo, de la resurrección y de la vida eterna; de la alegría indecible de la familia reunida, imagen de la comunión de la Iglesia; del gozo de los santos y de la belleza de Dios, Trinidad Santa... Y ahora, cuando pedimos para ellos el descanso y la bienaventuranza eterna, comprobarán con infinita alegría que si podemos vivir estos momentos con la luz de la fe, con el consuelo de la esperanza y con el calor de la caridad es porque primero hemos visto esas virtudes en ellos. ¡Gracias infinitas sean dadas al Padre de las misericordias por el regalo inmenso de unos padres y una familia que tiene su centro en Cristo, su motor en el Espíritu Santo, su ternura en María Santísima y su hogar en la Iglesia Santa!

Cuando despedimos el cuerpo sin vida de nuestra madre, nos dejamos arropar por la Iglesia, que es Madre, para dar gracias a Dios por su vida y por su muerte, por sus años de salud y de enfermedad, por sus descansos y sus dolores, por sus palabras y por sus silencios. Porque en ellos hemos visto la mano providente de Dios. Por eso, al celebrar las exequias de nuestra madre, solo podemos hablar de la bondad de Dios que hemos aprendido gracias a ella.

¿Cómo podríamos llamar y querer a la Iglesia como Madre, si no hubiéramos reconocido en la Iglesia lo que hemos visto en nuestra madre? ¿Cómo podríamos saber que el amor de Dios es entrañable y materno, si no hubiéramos experimentado la bondad de este amor en ella? ¿Cómo podríamos comprender que el amor es paciente, aguanta sin límites, perdona sin límites, si no hubiéramos gustado la dulzura de este amor en ella? En este día damos gracias a Dios porque en nuestros padres, el Señor nos ha regalado una ventana del Cielo.

Antes de que se agravara su enfermedad, comentamos en varias ocasiones lo bien que se sintió el día de mi ordenación episcopal, en el Cerro de los Ángeles. Aquel día desaparecieron por completo los síntomas de la enfermedad y vimos a nuestra madre feliz y activa, como ya no la vimos más. De los muchos detalles de ese día, recuerdo tres

especialmente. El primero, cuando los obispos que me acompañaron en ese día saludaron a mi familia. El Card. Rouco, al ver a mis sobrinos, entonces pequeños, sacó del bolsillo de su sotana algunas medallas y se las regaló. Uno de mis sobrinos se quedó rezagado y su abuela, sin dudarle un momento, se fue hacia el cardenal y le dijo directamente: “que falta uno...” Así son las abuelas y las madres: reparten cuidado y atención, poniendo la mirada donde otros no llegamos. El amor de madre es bondadosamente vigilante, como el Señor en su Providencia.

El segundo detalle es de un momento previo a la ordenación. Reunidos para comer los obispos, familiares y amigos, llegó el turno de las intervenciones para expresar felicitación y agradecimiento. Para sorpresa de los hijos, vimos entonces levantarse a nuestra madre, quien se dirigió de nuevo al Card. Rouco y, sin reparos, le dijo: “que hoy también es el cumpleaños de mi hijo Enrique”. Hasta que no le felicitamos cantando, no se quedó tranquila. Así es también el amor de madre: busca siempre repartir bondades entre todos, sin olvidar a nadie. ¿No es así el amor de Dios, que no se olvida de ninguno de sus hijos?

El tercer detalle está lleno de cordura. Momentos antes de dirigirnos al Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, al ver los apuros que yo estaba pasando al revestirme con las complejas vestiduras episcopales, me dijo con sencillez: “si algún día está en tu mano, simplifica esto un poco...” ¿No es acaso enseñanza evangélica abrazar en todo el camino de la humildad y sencillez?

Al confesar la Bondad de Dios, que nos cuida más de lo que somos capaces de reconocer, sin olvidarse de ninguno de sus hijos, y nos llama a cultivar la mansedumbre y humildad que aprendemos en el Corazón de Cristo, damos gracias al Padre de todo consuelo porque nos ha permitido ver los detalles de su amor infinito en nuestros padres.

¿Y ahora qué? Sabemos con la certeza de la fe que entre los que han muerto y nosotros existe un vínculo que es más fuerte que la muerte. Es el vínculo de la caridad de Cristo, que habita en nosotros por la gracia. Crecer en fe implica afrontar el reto de amar y dejarnos amar más allá de lo que captamos con los sentidos. Rezamos por nuestra madre porque la amamos y sabemos que nuestro amor hecho oración le hace bien a ella y a nosotros.

En la enfermedad de nuestra madre hemos recibido su última lección, la que Cristo nos ofrece con tanta insistencia: para entrar en el Reino de los Cielos hay que hacerse como niños. El Señor nos ha concedido ver a nuestra madre hacerse niña. La enfermedad la hizo dependiente y se agarró con fuerza a la vida. La hemos visto postrada, haciendo de un beso a la imagen del Niño Jesús su confiada y poderosa oración. En la enfermedad nos ha enseñado que es más importante dejarse hacer. Bien lo anunciaban ya los autores de la antigüedad cristiana: “lo propio de Dios es hacer; lo propio del ser humano dejarse hacer” (San Ireneo de Lyon). Para hacerse niño, hay que dejarse hacer por el Señor, aceptando con amor lo que en la vida nos ofrece: salud o enfermedad, descanso o sufrimiento.

Cuando la muerte se creyó victoriosa, el Autor de la Vida, en la Cruz, nos regaló a María Santísima como Madre. Al igual que no se puede venir a la existencia sin el abrazo entrañable de una madre, así tampoco se puede tener la vida eterna del Hijo sin recibir a María como Madre. Por eso, a la pregunta que se abre paso desde el corazón —“¿podremos vivir sin nuestra madre?”— la fe responde llenándonos de consuelo. ¡María Inmaculada en tu Concepción, cuida de la que nos cuidó y llevó tu Nombre y nos enseñó a invocarte con confianza! Ahora y siempre: “Nada sin María. Todo con Ella”.